

Soy un fan del chaflán.

Texto para una exposición de Manolo Laguillo.

La fotografía y la ciudad moderna son parientes cercanos de una misma generación. ¿Qué puede aportar la fotografía hoy a los discursos sobre la arquitectura, ese espacio civilizatorio que no para de expandirse vertical hacia el horizonte?

De entre la imaginería urbana del documento fotográfico de Manolo Laguillo sobre la urbe, selecciono entonces una de sus iluminaciones: yo me quedo arrobado en los chaflanes. Esas esquinas de ángulo partido son una geometría que me ha hecho amar u odiar ciudades. Nunca conseguí vivir en espacios urbanos que carecen de chaflán, es decir, que carezcan de alma, que, aunque parezca extraño, los hay.

El chaflán semeja un decorado teatral, un lugar donde sentarse a contemplar pasar la vida, una pared donde jugar a botar la pelota, una invitación a mirar detenidamente una perspectiva en fuga, la luz, la textura del color donde superponer un grafiti que puede decir: yo los odio, o yo los amo.

La fotografía documental sobre los chaflanes urbanos de Laguillo es más bien una visión del imaginario, y en muchos casos habla: *soy piedra, soy forma, soy forma habitable, soy una época, soy reflejo de una luz siempre otra.*

Manolo consigue escucharlos y no sabemos cómo, situarse a la distancia correcta. Nos brinda desde ese lugar la posibilidad de ampliar la mirada, una mirada que durante el trasiego urbano llevamos casi siempre pegada a muy pocos centímetros de la nariz renegando del gesto de levantar la vista, o la cámara, y así apreciar el conjunto. La fotografía nos devuelve por fin el plano general de la ciudad que el cine y la tv nos escamotea cada vez más.

He pasado gran parte de mi vida rondando el chaflán, ese espacio plano y mágico de las líneas rectas que hoy invocan estas fotografías de Manolo Laguillo, y que todo fan del chaflán sabrá disfrutar y agradecer.

Jacobo Sucari.

Artista visual